

ESE DIA PARO EL CUYANO

Los hechos se cuentan, a veces, sin conocer todo lo que significaron para los que estaban ahí. Y este hecho no escapa a la regla.

Le podrán contar sobre los servicios de trenes, que en el año tanto había tal o cual servicio que salía de Retiro a la hora exacta que tenía que partir y llegaba a Mendoza a la hora programada para su arribo. No se lo discutiré: era así.

Le dirán que El Cuyano tenía la fama bien ganada de cumplir sus horarios en invierno y en verano, todos los meses, durante años, y era así.

Le podrán contar que el ferroviario era un hombre prestigiado entre los vecinos y que ser reconocido como bueno entre ellos tenía lo suyo: era necesario ser bueno para que los ferroviarios aceptaran a uno de ellos como el mejor. Y entre los ferroviarios, los de La Fraternidad teníamos nuestros códigos, nuestro estatuto gremial, nuestro orgullo: no cualquiera ocupaba el cargo de presidente de una seccional, no poníamos a cualquiera para que nos representara. No se lo discutiré: era así; y por aquel entonces, todavía más.

Por entonces las cosas estaban bien difíciles, porque los planes del gobierno incluían el cierre de ramales y talleres y el despido de muchos compañeros. Para hacerlo tenían todas a su favor, si lo mira de ese modo: tenía las leyes, tenía el Plan Conintes, tenía el Ejército ocupado en hacer cumplir esas leyes. Tenían una en contra, si lo mira de ese modo: los ferroviarios, y nosotros los fraternales, no estábamos dispuestos a dejar que cerraran talleres, que cerraran ramales, que despidieran gente, y haríamos huelga. Así fue.

Cuando se reunieron los delegados congresales, decidieron ir a la huelga para frenar el plan del gobierno. La Seccional Junín votó a favor porque ese era el mandato, porque en una ciudad de ferroviarios a nadie le interesaba que su vecino quedara desocupado, porque ningún fraternal aceptaba trabajar si la condición era que su compañero quedara afuera. Éramos así, por entonces, y bien orgullosos estábamos de ser así.

A Claudio le tocó darnos la noticia del comienzo de la huelga y del riesgo que corríamos: nos irían a buscar para mover los trenes, nos meterían presos si no aceptábamos mover los trenes; nos ganaríamos la eterna fama de carneros si aceptábamos mover un solo tren, una sola vez. Quedaba en nosotros hacer lo que le habíamos mandado votar en el congreso de delegados, aceptar que iría la policía a buscarnos, el ejército a buscarnos, aceptar que podíamos perder la huelga y por lo tanto perder el trabajo, o renunciar a la huelga y perder para

siempre a los compañeros, perder para siempre frente a los vecinos el orgullo de ser fraternal y ferroviario. Si se lo contaron así, no lo discutiré: así fue.

Como nos dijo Claudio que pasaría, así pasó: en las primeras horas fueron varios los detenidos por la policía, y muy pronto, antes de lo que todos esperábamos, el ejército se dedicó a buscarnos como si fuéramos ladrones, como si fuéramos ratones. No, discúlpeme, nos buscaba como lo que éramos: tipos que le estábamos haciendo una señora huelga a los del gobierno, la primera con semejante fuerza desde hacía mucho, la que se recordaría por años, la que deberían recordar ahora más de cuatro: con una idea muy clara, y un coraje que para qué lo voy a decir.

A Claudio lo buscaban, y esto se lo podrán decir los que lo saben, los vecinos se lo podrán decir, a cualquier hora, de cualquier modo. Pregunte si no es cierto que pararon dos carros blindados del ejército en la puerta de su casa, averigüe si quiere y le dirán que sus chicos entraban y salían de la casa, iban a la escuela y volvían, salían con la bolsa para comprar la carne, el pan, y tenían los carros del ejército en la puerta de la casa.

Pregunte si esto no fue pensado para meterle miedo a su esposa, a los hijos; si no andaban por el barrio buscando a alguien que abriera la boca para decir está en tal lado, búsquenlo en la casa de este o de aquel, si no le mandaban a decir por el cura que era mejor para todos que se entregara.

Tal vez le cuenten que aparecieron una noche, cuando la familia dormía, y revisaron cada una de las habitaciones de su casa, sacaron a los chicos de sus camas, revolvieron el baño, el lavadero, el galpón, el gallinero, buscando a Claudio, preguntando dónde se había escondido, diciendo que tenían que encontrarlo para darle un mensaje del coronel Demarchi. Si le contaron eso, no lo discutiré: fue así.

Así fue que pasaron cada día y cada noche durante esa huelga que fue la más larga que recordemos los fraternales, que fueron muchas, y fue por años la más brava y fue, se lo podrán decir por ahí también, una prueba de lo que pueden los que deciden hacer algo juntos, y saben que están haciendo lo correcto, y saben que lo hacen por sus familias y por su gente. Por su orgullo.

La huelga duró tanto tiempo como fue necesario para arrancarle al gobierno la decisión de no avanzar en su plan de cerrar más ramales, cerrar talleres, despedir ferroviarios. Cuando se consideró que los objetivos de la huelga estaban logrados, en la Seccional Junín recibimos la orden de volver al trabajo, mientras El Cuyano corría desde Retiro para cumplir con la tradición de puntualidad que lo había vuelto famoso.

La noticia de que los fraternales habíamos vuelto al trabajo y de que los trenes cumplían sus recorridos con normalidad estaba en los diarios de la mañana y en el informativo gigante internacional de Radio Colonia. Pero en el informativo de la noche salió la noticia que nadie esperaba: El Cuyano estaba detenido en Junín porque la Seccional no acataba la orden de levantar la huelga. Si esto es lo que le contaron, no lo discutiré: fue así.

Los compañeros fraternales estábamos avisados del final de la huelga y teníamos todos una sensación de alivio y de alegría: no cerrarían los talleres ni las líneas principales y ninguno de nosotros había perdido el trabajo. En tiempos tan difíciles era algo muy parecido a una victoria y estábamos contentos por eso. Lo que no entendíamos los que estábamos escuchando Radio Colonia en nuestras casas, pensando que pronto podríamos pagar las cuentas en la libreta que teníamos con Terribile por la carne y con Tassara por el almacén era por qué decía la radio que El Cuyano estaba detenido en Junín. Eso lo podrá contar quien estuvo ahí, nadie más.

Para nosotros, si la orden era levantar la huelga había que levantarla y punto. No hacerlo era peligroso: podríamos ir presos, podríamos perder el trabajo, podríamos quedarnos sin el apoyo del gremio. Pero si Radio Colonia daba la noticia alguna razón había. Esto se lo puedo contar yo, porque estuve; no le pregunte a quien no estuvo. Me fui a buscarlo a Claudio y no lo encontré. Búsquelo en la estación, me dijeron, y me fui para allá.

El Cuyano tendría que haber salido de Junín hacía, por lo menos, dos horas, y todavía estaba en la estación. Tenía luz para salir y sin embargo ahí estaba. La gente caminaba por el andén entre dudosa y preocupada, se juntaba en grupos que quería encontrar soluciones con el jefe de estación, y él todo lo que hacía era señalarles la locomotora. Era clarito: el tren no se movía porque el maquinista no lo movía.

En la piecita de los maquinistas lo encontré a Irán Fernández, cambiando la yerba del mate, terminando otro Fontanares y moviendo la panza con el catarro. Esta tos me tiene loco, fue todo lo que me dijo cuando lo saludé. Pero hasta ahí del Cuyano no me dijo nada, como si fuera natural que a esa hora el tren estuviera parado ahí, como si todo el mundo supiera por qué.

Tuve que preguntárselo. Tuve que preguntarle por qué El Cuyano estaba todavía en la estación, a esa hora, cuando todos sabíamos que la huelga había terminado.

Lo que no sabíamos, lo que yo no sabía y me explicó Irán Fernández mientras me alcanzaba el primer mate de esa noche larga, era que el ejército tenía a un grupo de maquinistas detenidos en un vagón, listos para enviarlos a Buenos Aires

en el primer tren de la mañana siguiente. Para contarle eso, tiene que ser alguien que estuvo ahí, no cualquiera.

Los que estuvimos ahí lo vimos a Claudio moverse como gato entre la leña. Si dejaba seguir El Cuyano, que estaba haciendo su recorrido y tenía que cumplir su horario, dejaría a los compañeros encerrados por el ejército en el vagón. Si se ponía a defender a los compañeros y detenía El Cuyano hasta que los militares abrieran el vagón, se arriesgaba a ir preso él también, por tomar esa huelga como un asunto personal con el mayor Tessa o el mismísimo coronel Demarchi. Los que estuvimos ahí sabemos que eligió lo segundo, y que lo hizo con la tranquilidad de hacer lo que le correspondía, y que no tendría problemas en discutir el asunto con quien fuera, incluido el presidente Frondizi.

El ejército le dio un plazo de media hora para dejar correr el tren. Claudio lo aprovechó para mandar a buscar más compañeros y para avisar al cura lo que estaba pasando. Al cumplirse el plazo, el grupo de militares estaba dispuesto a subir a la locomotora para poner el tren en marcha; los fraternales rodeábamos la locomotora para que nadie, ni el mismo Claudio pudiera aceptar que alguien subiera a poner en marcha esa máquina mientras siguieran presos los compañeros.

Si pregunta a alguien que haya estado ahí, le dirá que pasamos toda la noche midiéndonos la fuerza, y que sólo el que estuvo con nosotros conoció la presión de los militares sobre Claudio, amenazándolo con la cárcel, con el despido, con todas las maldiciones del infierno. El que estuvo ahí podrá decirle que Claudio no se movió hasta que se abrió la puerta del vagón y salieron los compañeros presos, hasta que hubo seguridad de que ninguno sería perseguido, y que eso ocurrió después de medio día de mirarnos las caras y medirnos el miedo, y temblarnos las piernas y ayudarnos con pitadas fuertes de cigarrillos.

Los informativos del día siguiente dieron la noticia de que estaba normalizado el servicio de trenes, y eso era así. No dijeron que en la ciudad de Junín el ejército había querido detener a unos maquinistas y que no lo pudo hacer porque se le puso enfrente este grupo de compañeros que sabíamos que estábamos haciendo las cosas que teníamos que hacer, y que lo teníamos a Claudio haciendo lo que tenía que hacer.

Eso no se lo contarán nunca, pero yo se lo digo para que lo vaya sabiendo. Había que estar con Claudio para saber que él era capaz de parar El Cuyano si había que pararlo, y que lo hizo.